

nado de Enrique III, en el que se hizo notar el agitador Boucher. Desde el de Enrique IV se acusó en diferentes ocasiones á los jesuitas de patrocinadores del regicidio ó asesinato de los tiranos; sin embargo, los escritores de la Compañía no se apartaron en este punto de la doctrina corriente. Los antiguos teólogos habían asignado á la autoridad real un origen divino, pero sólo de una manera limitada y en muchos casos derivado del pueblo; doctrina que sustentó aún el año 1540 en París Juan Mayor, quien sostuvo, además, el derecho del mismo pueblo á privar al Rey de la corona. Atribuábase, por otra parte, el derecho de una resistencia pasiva á los Estados generales, investidos de poder judicial y ejecutivo y, en casos extremos, facultados para deponer á los Príncipes.

Mas si en teoría subsistía la doctrina antigua, en la práctica habían cambiado mucho las cosas, ganando cada día más terreno el régimen absolutista; por más que esta vaguedad introdujese también dudas y vacilaciones en el desenvolvimiento de la doctrina.

Notable interés despertó el jesuita español Mariana († 1624) con una obra escrita el año 1598 en latín clásico, en la que con extraordinaria franqueza da instrucciones al Príncipe de Asturias acerca del origen, naturaleza y límites del poder real. Enseña el célebre autor de la «Historia de España,» cuyo libro está lleno de excelente doctrina, que no solamente es lícito privar de la corona y de la vida á un soberano ilegítimo que haya escalado el trono por la fuerza, como enemigo del pueblo, sino que la nación está facultada para destituir y quitar la vida á un Príncipe legítimo, pero degenerado y vicioso, que holle con sus plantas todo derecho divino y humano, y aún en caso extremo, si lleva al exceso sus tiranías y la voz pública lo comprueba, cualquiera está facultado para quitarle de enmedio.

Lo extraño del caso es que la obra del famoso jesuita produjo en Francia una excitación que no se notó en España, hasta el punto de ordenar, en 1610, el irritable Parlamento parisiense, que fuese quemada por mano del verdugo. También el pontífice Paulo V tomó con calor el asunto, suponiendo que se pretendía atentar contra la autoridad eclesiástica; pero no hizo otra cosa que renovar el decreto de Constanza contra Petit, al que no había faltado el P. Mariana, según se confesó más tarde.

Con fecha 6 de Julio de 1610 publicó el general Aquaviva un decreto prohibiendo, bajo severas penas, á los jesuitas enseñar ó creer que era lícito á cualquiera, bajo pretexto de tiranía, quitar la vida á los Reyes ó á los Príncipes ó atentar de cualquier manera á su vida. Desde aquel momento nadie volvió á defender la licitud del asesinato de los Príncipes.

Respecto de un tirano, que sea al mismo tiempo usurpador de la corona, por consecuencia ilegítimo, sentó Francisco Suarez la doctrina de que, en el caso de no existir otro medio y siempre que las consecuencias no sean peores que la tiranía misma, es lícito emplear la fuerza para deshacerse del tirano, honrándose para ello las condiciones de una guerra justa. En general, los escritores de la Compañía de Jesus estaban de acuerdo en los puntos siguientes: 1.º no es lícito quitar la vida á un Príncipe legítimo, aunque oprima á su pueblo y le tyrane; 2.º tampoco es lícito dar muerte á un usurpador, desde el momento en que halla en posesión de la soberanía; y ántes de llegar este caso únicamente lo es con anuencia del Príncipe legítimo, en justa defensa, y prévia formal declaración de guerra.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 401.

Mi obr. cit. p. 464 sigs. 485 sigs. Bianchi, t. I. L. § 1 p. 5 sig. Mamachi, Ant. IV. L. IV c. 2 p. 57 sig. Bellarm., De laic. III. 6. Acerca de Junio Bruto: Leo, Hist. univ. IV p. 151 sigs.; sobre Juan Boucher: Ranke, II p. 186 sig. Grocio, Append. de Antichr. Amst. 1641 p. 59. Quejas contra los jesuitas: Du Plessis d'Arg., II, I p. 502 sig. Juan Mayor, De auctorit. Conc. supra Papam, Opp. Gers. II. 1159. Mariana, De rege et regis institutione libri III, version alemana de Riedel, Darmst. 1843. Consult. Riffel, Supresion de la Compañía de Jesus, III ed. Maguncia 1855 p. 289 sigs. Civiltà catt., cuad. 133 del mes de Oct. 1855 p. 39 sig. Sobre las deliberaciones seguidas en París: Du Plessis d'Arg., II, II p. 37 sig. Censura S. Fac. contra doctrinam eorum, qui sacris regum et principum personis vim inferunt, que habetur in libro: Réponse apologétique à l'Anti-Coton composito a P. S. J. in défens. Marianæ adv. quedam scripta, quibus refellebatur ep. dedicatoria P. Cottonis. Este último hizo notar que el P. Mariana no había infringido el decreto de Constanza, puesto que enseña que á un Príncipe legítimo no puede darle muerte un particular con autoridad propia. Paulo V sobre la quema: Gaillard, Notices et extraits. Par. 1804 p. 331. 340 sig. La Bula del 24 de Enero de 1615 restableciendo el decreto de Constanza; Bullar. ed. Taur. XII. 296. Const. 260. — Créteineau-Joly, Hist. de la Comp. de Jésus II p. 429 sig. Riffel, l. c. p. 298 sigs. Suarez, Disput. XIII de bello sect. 8 prop. 2. 3. Werner, Francisco Suarez I p. 144 sigs., especialm. p. 147. Sobre la doctrina de otros jesuitas posteriores: Riffel, p. 290 N. l. Merkle en la «Hoja pastoral de Augsburgo,» 21 y 28 de Mayo de 1870. Acerca de la doctrina protestante sobre el asesinato de los tiranos: Obras de Lutero, edic. de Walch, XXII. 2151. Uckert, Luthers Leben II p. 46. Strobel, Miscell. I p. 170; sobre Boucher: Hugo Grocio, ob. cit.

III. Las artes al servicio de la Iglesia.

La poesia en Italia, España y Alemania. — Otros poetas.

402. El estudio de la antigüedad clásica había contribuido á ilustrar el arte en cuanto á la forma, al que la Iglesia, con sus nuevos triunfos y su esplendor cada día más patente, suministró ahora materiales y asuntos sublimes, siendo esta noble alianza con la Iglesia principio de una nueva era de gloria. En Italia traza este rumbo á la poesia el inmortar Torcuato Tasso (1544-1595), que en su «Jerusalem libertada» canta de nuevo las hazañas de los héroes de la Edad Media. Su hermosa Epopeya está llena de fantasía, de sentimiento y de amor patrio, y en toda ella resplandece la más pura verdad psicológica, preciosas cualidades que, unidas á la incomparable armonía de sus versos, le conquistaron el favor y la admiración de sus contemporáneos, sin distinción de clases. Aparece despues Bernardino Baldi († 1617) que dominaba la prosa lo mismo que el verso, y era á un mismo tiempo filólogo y matemático,

circunstancia que reunían muchos de los eruditos italianos de esta época.

En España toma increíble vuelo la poesía religiosa, que toma á la vez un carácter nacional muy marcado. Calderon de la Barca (1600-1687), que sigue primero la carrera de las armas, abraza despues el sacerdocio, y desempeña, por último, una canongía en Toledo, es el poeta más nacional de España, que canta con singular maestría las hazañas de los héroes cristianos y enaltece sus triunfos; autor de numerosos autos sacramentales, en los que, en forma dramática, popular á la vez que profunda, expone los misterios de la fe, especialmente el del Augusto Sacramento de la Eucaristía.

Sobrepújale por la profundidad del pensamiento, lo mismo que en la riqueza de ideas, el fecundísimo Lope de Vega († 1635), á quien se atribuye la enorme cifra de 1.800 comedias, sin contar otras muchas composiciones, en las que predomina el sentimiento religioso y que revelan una piedad acendrada. Santa Teresa y San Juan de la Cruz cultivaron la poesía lírica y la didáctica, derramando en sus composiciones la tierna piedad que rebosaba de sus hermosas almas. Manifiéstase también el sentimiento cristiano en las obras de Garcilaso de la Vega, con justicia llamado el Petrarca español (1503-1536), arrebatado al arte en edad muy temprana, á pesar de lo cual dejó bellísimas composiciones, especialmente elegías, églogas, sonetos y odas; de Don Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), de Fernando Herrera (1516-1595), de Jorge de Monte Mayor (1520-1562), y del incomparable Fray Luis de Leon (1527-1591), tan eminente poeta como profundo teólogo, filólogo y moralista; mas á pesar de tan maravillosos ingenios degenera luego aquella admirable literatura por ellos creada, y sus indignos sucesores se atraen las burlas del más peregrino de los ingenios españoles: Miguel de Cervantes (1547-1616) que en su inmortal Don Quijote ofrece á la vez una muestra portentosa de poema, novela, sátira, comedia y filosofía moral. No obstante, aún aparecen excelentes modelos de dramas religiosos, que contribuían no poco á mantener vivo este sentimiento en el pueblo.

En Alemania no toma vuelo la poesía religiosa hasta el siglo XVII, en el que tuvo por distinguidos representantes á Nicolás Causino, Avancino y Santiago Balde, que escribieron en lengua latina; y á Federico Spee († 1635), jesuita como los anteriores, á Procopio († 1680), capuchino, y al espiritual Juan Scheffler, llamado Angel Silesio († 1677) que lo hicieron en alemán. Nació éste en Breslau el año 1624, de padres protestantes; pero á los 29 años de edad cambió la religion luterana por la fe católica, trocó el ejercicio de la medicina por el ministerio

sacerdotal, y además de los trabajos que compuso en defensa de la fe, ejerció saludable influencia en muchos corazones con sus poesías, especialmente con su «deleite espiritual de las almas,» publicado con música del compositor Jorge Josephi (1657), lo mismo que con su «peregrino seráfico.» Entre los autores de himnos latinos descuellan: el jesuita polaco Sarbievici († 1640), que imitó con maestría á Horacio, ántes que el mencionado Balde, el papa Urbano VIII, el cardenal Belarmino y el canónigo de San Agustín Juan B. Santeuil, oriundo de Francia (1630-1697).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 402.

Torquato Tasso, La Jerusalem libertada, version alem. de Streckfuss, 2.^a ed. Leipzig 1835, 2 vols. Cartas de Torquato Tasso, dispuestas por órden cronológico é ilustradas con notas por Ces. Guasti, Flor. 1852 sig. 5 vols. Serassi, La vita di Torquato Tasso III ed. de Flor. 1858, 2 vols. Bernard Baldi, versos y prosa, ed. de Ugolini y Polidori. Flor. 1859. Filólogos italianos de aquel tiempo: Civitá catt. 2 de Junio de 1860.

Los autos sacramentales de Calderon de la Barca han sido traducidos libremente al alemán por Lorinser, Ratisbona 1856-1872, 18 tomitos. Las obras de Lope de Vega se publicaron en Madrid, 1609 á 1647 en 25 vols., contándose entre ellas 400 autos sacramentales. Storck, Núm. 313 de este tomo. Biblioteca de autores españoles publicada por Rivadeneyra, Madrid 1860 sigs. Baumstark, La literatura nacional española bajo la dinastía de los Hapsburgos, en el III. Verreinschrift der Görres-Gesellschaft. 1877. Werner, Gesch. der kath. Theol. in Deutschland, p. 85 sigs. Balde, Carmina lyrica, Monast. 1856. Obras de Herder, pte. 12. Reiffenberg, S. J., Patrum S. J. ad Rhén. infr. Poemata. Fr. v. Spee, Trutznachtigal, que se imprimió por vez primera en 1643, en Berlin 1817 y en Cöstfeld 1841. El «Güldines Tngendbuch» apareció en Colonia en 1649 y en Colonia 1829. Smets, Fromme Lieder von Spee, Bonn. 1849. W. Lindemann, Hist. de la literatura alemana, Frib. 1866 p. 389 sigs. Acerca de Procopio, consult. Ketz, Literaturztg. 1826, Tom. 4 p. 106 sigs. 310 sigs. El «Geistl. Seelenlust» de Angel Silesio apareció primeramente en Breslau, 1657 y 1664, haciéndose de él numerosos ediciones, hasta la de Stuttgart en 1847; del «Peregrino seráfico» (Cherubin. Wandersmann) tenemos las ediciones de Viena 1657; Glatz 1657 y otras muchas hasta la de Sulzbach en 1829. Rosenthal publicó las obras completas de Juan Scheffler, Ratisbona 1862 en 2 vols. Wittmann, Angelus Silesius, Augsb. 1842. — Sarbievici poemata Par. 1759. Diel S. J., M. K. Sarbiewski, en las Voces de Laach, 1873, II p. 169 sigs.; IV p. 343 sigs.; VII p. 61 sigs.; X p. 365 sigs. Maphi Card. Barberini poemata. Romae 1637. Schlosser, Die Kirche in ihren Liedern I p. 368 sigs. 471 sigs. Sobre las poesías de Belarmino, ibid. I p. 364 sigs.; los himnos de Santeuil ib. I p. 377. 473. Santolius Victorinus, Hymni sacri et novi. Par. 1698.

Música.

403. Mucho mayores obstáculos tuvieron que vencerse para poner de nuevo la música al servicio de la Iglesia. En el trascurso del siglo XIV

descuellan entre los autores de música religiosa los maestros flamencos; pero su estilo fué siempre amanerado, rígido y muy elevado, lo que tal vez contribuyó á que tomase pronto un carácter mundano.

En Italia degeneró también la música religiosa, haciéndose notar por su estilo extremadamente artificioso, amanerado y profano, en el que para nada se tenía en cuenta el sentido de las palabras, y por consecuencia se hacía uso de la voz humana como de un mero instrumento. En Trento se elevaron justas quejas contra la profanación que se hacía de la música eclesiástica, por lo que Pio IV nombró una comisión con el encargo de discutir la cuestión de si debía ó no desterrarse de la Iglesia la música: por formar parte de la comisión San Carlos Borromeo se temió que el fallo fuese afirmativo.

La Iglesia exigía, no sólo que se destacase el sentido de las palabras, sino también que hubiese conformidad entre la expresión musical y la letra, lo que declararon imposible la mayoría de los compositores, con arreglo á los preceptos del arte. Entonces aparece un salvador de la música religiosa en Juan Pierluigi, llamado de su pueblo natal, *Palestrina*. Nació este famoso compositor de modesta cuna en 1524; por su despejado talento alcanzó una plaza de niño de coro, y á los 27 años un puesto en la « Capilla Julia » fundada por Julio III en San Pedro; habiéndole comunicado más tarde Marcelo II sus ideas sobre la música religiosa, escribió en 1555 su misa de San Marcelo, que tanta notoriedad adquirió con el transcurso del tiempo. Despedido de la Capilla por Paulo IV, que no quería admitir en ella hombres casados, vivió retirado de todo trato con la sociedad, enteramente consagrado al arte de la música religiosa, y en 1560 escribió sus magníficos « Improperios » para los oficios de Viernes Santo; apenas hay músico que haya comprendido mejor el profundo significado de las palabras que el Profeta pone en boca del Salvador y su sentido simbólico, ni que haya sabido expresarle en melodías más sentimentales á la vez que armoniosas, y ninguno podía ser más apto que Palestrina para hacer el ensayo de aplicar este método á composiciones más extensas, como una misa. La comisión le encomendó este trabajo, en cuyo desempeño sobrepujó todas las esperanzas. La misa que compuso, atesora gran riqueza de melodías, y á pesar de su sencillez encantadora, ostenta una variedad armónica verdaderamente admirable; el juego de los coros es por todo extremo notable, y el significado del texto se halla expresado con incomparable maestría: en los *kiries* se destaca la sumisión, la súplica; la humildad en el *Agnus Dei*, y la majestad, la entonación severa en el *Credo*.

Pio IV se sintió arrebatado al oír ejecutar aquella composición magistral que, según él, sólo podía compararse á las melodías celestiales

que escuchó con arrobamiento el Apóstol amado. Con este feliz ensayo, hecho en 1564, quedó para siempre resuelta la cuestión debatida; y desde entonces también la música, que se había apartado del sentimiento de la Iglesia más que otro arte alguno, se unió íntimamente con ella. En realidad, la música de Palestrina no era otra cosa que un canto coral solemne y severo, de rica entonación y notable armonía.

No fué sólo Palestrina el que trató de imprimir esta dirección á la música religiosa. Ya en 1533 compuso el napolitano Luis Dentice un « Miserere » que llamó poderosamente la atención de los inteligentes, y aún son superiores las composiciones de Allegri († 1652) que por orden de Urbano VIII se trasladó de Fermo á Roma. En análogo sentido trabajaron Félix Anerio, Nanini († 1607), el español Morales y el flamenco Orlando de Lasso († 1594). Hacia el año 1600 se suscitó á la música religiosa un nuevo enemigo en la ópera, que tomó desde luego gran incremento en Florencia; pero salió triunfante de la lucha, á lo que contribuyeron no poco las academias musicales fundadas por San Felipe Neri para el servicio de la Congregación oratoriana, que eran á manera de complemento de las explicaciones que allí se hacían sobre la Sagrada Escritura. Tal fué el origen de los « Oratorios », en los que se representaban en forma dramática determinados caracteres y situaciones; serios unas veces, ligeros y apacibles otras.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 403.

Baini, *Memorie della vita di G. P. da Palestrina*. Roma 1828. 4. t. 2. Sobre la música eclesiástica y el Concilio de Trento véase Hist.-pol. Bl. Tom. 42. N. Wiseman, *Discursos acerca de la liturgia usada en la Capilla pontificia durante la Semana Santa*, vertidos del inglés al alem. por Alxinger. Augsb. 1840 p. 58 sigs. Ranke, *Röm. Papste*, I p. 496-499. W. Baumker, *Palestrina*. Friburgo 1877.—Glaresanus, *Dodecachordon*. Basil. 1547. Gerbert, *De cantu et musica sacra a prima Eccl. aetate usque ad praesens tempus*. S. Blasii 1774. 4. t. 2. Rochlitz, *Grundlinien zu einer Geschichte der Gesangsmusik I. K. Leipzig 1832*. Kiese-wetter, *Geschichte der eur. abendl. Musik*. Leipzig 1847. Fink, *Historia de los oratorios musicales*, en la Revista para la Teol. hist. 1842. III.

Pintura, Escultura y Arquitectura.

404. La pintura se rejuveneció también por completo bajo la influencia del espíritu religioso de la Iglesia católica. En Bolonia adquiere justa celebridad la escuela de los Caracci, que se distingue especialmente por sus estudios anatómicos y sus copias del natural, realizadas por ideales tomados del cristianismo. Luis Caracci puso gran estudio en reproducir la efigie del Salvador, señalándose por la originalidad y una

gran naturalidad en el desarrollo; Agustín Caracci dejó una obra inmortal en su San Jerónimo, presentado en el acto de recibir la Sagrada Eucaristía como preparación para la muerte, y Anibal Caracci se hizo célebre por su «*Ecce Homo*.»

En tanto que Dominiquino († 1641) se complacía en los asuntos que representan la oposición entre las alegrías del cielo y las penalidades de la tierra, Guido Reni († 1642), que siguió análogas inspiraciones, mostrando más vigorosa imaginación y originalidad en la concepción de la materia, desarrolló también con maestría asuntos terribles, como la «*Degollación de los Inocentes*» en Belem; pero aún sobresale más en la reproducción de la Madre de Dios y en su cuadro de Judith. En Venecia florecen: Ticiano († 1570) que en su famosa cena dejó una muestra de su portentoso genio; Tintoretto († 1574), hábil colorista, lo mismo que Pablo Veronese († 1588); y á realzar la justa fama de la escuela italiana contribuyen también en este período Dolci, Caravaggio († 1609), así llamado del lugar de su nacimiento, Salvador Rosa y Guercino que deja traslucir aficiones churriguerecas.

En España florece una pléyade de ilustres pintores. Después de Alonso Berruguete († 1561) y Pérez de Morales († 1586) aparecen: Velázquez († 1660) que dejó gran número de obras maestras, Alonso Cano († 1677) y otros muchos, sobre los que se destaca la hermosa figura del gran Murillo (1616-1682 ó 1685), cuyas Concepciones son la admiración de propios y extraños, sin contar el San Antonio y otras maravillas de arte cristiano. En Francia son dignos de particular mención: N. Poussin († 1665), Le Brun y Le Sueur. Las famosas escuelas flamenca y riniana tuvieron dignos representantes en Rubens († 1640), Rembrandt († 1674) y Van Dyk († 1641), que rivalizan con los genios de otros países; y en el resto de Alemania elevan á gran altura el arte pictórico cristiano, entre otros, Alberto Dürero († 1528), Hans Holbein († 1554), Cristóbal Schwarz y Joaquín Sandrart.

La escultura se cultiva muy particularmente en Italia. Alcanza su mayor brillo con Miguel Ángel Buonarrotti († 1564), pintor, escultor y poeta á un mismo tiempo; y tuvo otros muchos insignes representantes como Benvenuto Cellini († 1572), y Santiago Tatti Sansavino († 1570), sin contar los notables grabadores que florecen en este período. Méenos esplendor alcanza en España y Francia, y aún más decaída estuvo en Alemania.

En la Arquitectura predomina el estilo del «*Renacimiento*,» que muy luégo degenera en el barroco; de dicho estilo hay excelentes ejemplares en los templos levantados por la Compañía de Jesús, que además de expresar mejor la dignidad y grandeza de la casa de Dios

que otras construcciones de esta clase, se descubre en ellos verdadero gusto artístico. Pero en general no florecen en este período tan notables arquitectos como en la Edad Media, por más que aún sobresalen algunos en Venecia, como Sansovino († 1570) y Andrés Palladio, y en Roma florece Vignola que en 1568 dió comienzo á la construcción de la Iglesia «*al Gesu*» en el colegio de profesores de la Compañía. Hasta el año 1590 se construyen aún templos notables, á pesar del predominio de los elementos secundarios decorativos sobre la idea principal arquitectónica.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 404.

Ranke, l. c. I p. 492-496. Crowe y Cavalcaselle, Historia de la pintura italiana, version alemana de Jordan, 1-5. Leipzig 1869-1874. Förster, Geschichte der ital. Kunst. Leipzig 1869 sigs. Lübke, Hist. del Renacimiento en Francia. Stuttgart 1868: id. Hist. del Ren. en Alem. 1872. Burkhardt, Historia del Renacimiento en Italia. Stuttg. 1868. Rio, L'Art chrét. voll. 4. Par. 1861-67.

IV. La vida religiosa.

Esplendor de la vida religiosa. — Santos de este período.

405. Nuevas y admirables señales de vida había dado la antigua Iglesia en el grandioso Concilio ecuménico que acababa de celebrarse, que tan gallardas muestras dió de su vitalidad en la defensa que hizo de la fe y en sus excelentes leyes; robusteciése de una manera apenas creíble la unidad, mediante la unión íntima de todos sus miembros á la cabeza, de la que en realidad partieron todos los ensayos reformistas que no tuvieron promovedor más decidido que el Romano Pontífice. La acción continuada de tantos Papas ilustres y de las Ordenes monásticas que sostenían magníficos establecimientos de enseñanza y brillantes misiones, dentro y fuera de Europa, los grandes genios que mantenían y realizaban el esplendor de las ciencias y de las artes, los excelentes resultados que daban los seminarios y establecimientos análogos de creación reciente, el esplendor del culto, los actos de piedad que se multiplicaban de una manera asombrosa, lo mismo que las fundaciones é institutos religiosos, el creciente celo de los predicadores y catequistas, y aún más que todo esto el fascinador ejemplo de un número de santos, ejercieron tan poderosa influencia sobre la vida religiosa y moral de las naciones católicas, que en la segunda mitad del siglo XVI pareciera haberse transformado todo por maravilloso modo.

Asombran al mundo con su santa vida, por un lado los fundadores de las Ordenes religiosas, como San Cayetano, San Juan de Dios, San

Ignacio, San Felipe Neri, San Camilo de Lelis, San José Calasanz, San Vicente de Paul y San Francisco de Sales; por otro una pléyade ilustre de héroes de las virtudes cristianas que florecen en las diversas partes del mundo: aquí los numerosos santos y heróicos misioneros de la Compañía de Jesús, sobre los que se destaca la hermosa figura del apóstol San Francisco Javier (Núm. 323); allá Pablo Miki con los innumerables Mártires del Japon y de otras misiones; despues de los admirables arzobispos Santo Tomás de Villanueva († 1555) y San Bartolomé de los Mártires († 1590), florecen los capuchinos San Félix de Cantalicio, amigo de San Cárlos Borromeo y de San Felipe Neri, Benedicto de Urbino († 1625), beatificado en 1867, San Fidel de Sigmaringa († 1622) é Inocencio Marcino de Caltagirone († 1655); por otro lado se admiran las virtudes del franciscano observante San Pascual Bailon († 1592), de San Juan de la Cruz, San Lorenzo de Brindis, San Pio V, San Miguel de Sanctis († 1625), canonizado en 1862, y el bienaventurado Juan Sarkander, párroco de Holleschau, martirizado el 17 de Marzo de 1620 por los enemigos de la fe católica.

Del sexo débil florecen maravillosos modelos de las virtudes cristianas, como Angela Mércis y la admirable Teresa de Jesús, á las que debemos agregar Santa Catalina de Riccis († 1590), Santa Magdalena de Pazzis († 1607), Jacinta de Mariscottis († 1640), Juana Francisca de Chantal († 1641), Ana de Puy, de la Orden dominicana († 1634); y en el Nuevo Mundo edifican con su ejemplo Santa Rosa de Lima († 1617), y la bienaventurada Maria Ana de Paredes de Quito († 1626) beatificada en 1856. El esplendor de virtudes tan maravillosas que sólo puede producir la fecundidad de la Iglesia católica, no tan sólo despertó admiración y respeto hácia las santas personas, sino tambien vivos impulsos de llegar á imitarlas, lo mismo dentro que fuera de los monasterios, en los viejos y en los jóvenes, en los poderosos y en los humildes.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 406.

Héfele, Sobre las vicisitudes de la Iglesia desde el Concilio tridentino, en la Revista trimestral teológica de Tubinga 1845, I p. 24 sigs.; otros datos en el Número 243 de este Tomo, y otros donde hemos hablado detenidamente de las obras y hechos de muchos santos. Consult. además Janni, Biografía del P. Inocencio Caltagirone 1871. P. Schulenburg, Leben des seligen Laurentius von Brindisi. Maguncia 1863. Matej Procháčka, Život be Jana Sarcandra mucencka. Brünn 1861. Sobre Sta. Rosa de Lima, Acta SS. d. 26. Sept.

La Curia. — Los Obispos.

406. Hombres tan eminentes en virtud y ciencia como Polo, Hosio, San Cárlos Borromeo, Belarmino, Baronio, Gallio de Como, Rusticci, Salvati, Santorio de Sanseverino, Sirloto y Agustín Valiero habian devuelto al Sacro Colegio de Cardenales su esplendor antiguo, y en las nunciaturas apostólicas adquieren justo renombre Aleander, Delfino, Morone, Commendone y otros. Completan este hermoso cuadro de eminencias eclesiásticas excelentes prelados como Mantica, Torres, Malespina, Bolognetti y Arigoni. El cambio operado en la Curia ejerció influencia poderosísima en Roma, donde la piedad y el saber eran los únicos caminos para llegar á las más altas dignidades de la Iglesia, de manera que el verdadero mérito no hallaba ya dificultades para abrirse paso á través de los obstáculos que ántes oponian los intereses terrenales y el egoísmo.

En todos los países aparecen ahora celosos y sabios Obispos que gobernaban con infatigable celo sus diócesis, tan solícitos en mantener la disciplina por medio de Sinodos diocesanos y de frecuentes visitas pastorales, como en la predicación y en la formación de buenos sacerdotes en los seminarios. En Bélgica trabajan sin descanso para llevar al terreno de la práctica las decisiones del Concilio tridentino, al que ellos mismos asistieron, los obispos Francisco Richardot de Arras y Antonio Havet de Namur, de la Orden dominicana, secundados ambos por excelentes predicadores. Gerardo de Hamericourt, Obispo de St. Omer y abad de St. Bertin, fundó magníficos establecimientos de enseñanza, en los que recibieron brillante educación muchos jóvenes. En dicha diócesis y en Douay se celebraron entónces numerosos Sinodos provinciales y diocesanos.

Tambien Alemania volvió á tener excelentes Obispos. Santiago de Elz, de 1567 á 1581 Arzobispo de Tréveris, restableció en su diócesis la disciplina del clero, separando de sus puestos á los eclesiásticos relajados y haciendo visitas pastorales; exigió á los maestros de escuela pruebas de su ortodoxia en materia de fe, reformó y mejoró los establecimientos de enseñanza, corrigió la Agenda, y en 1572 expulsó de su residencia á los protestantes que no quisieron acogerse en el redil de la Iglesia católica. Análogo proceder observó Daniel Brendel, de 1555 á 1581 Arzobispo de Maguncia, que á todos daba ejemplo asistiendo en persona al coro; restableció la procesion del Corpus Christi, encomendó á los jesuitas la instruccion de su clero, y aunque trató á los protestantes con mucha más dulzura que su colega de Tréveris, convirtió á la fe

católica en 1574 el « Eichsfeld. » Entre los prelados más inteligentes y celosos de este periodo deben contarse los sucesores de Brendel: Juan Adam de Bicken, que gobierna la diócesis de 1601 á 1604, y Juan Schweikardt, de 1604 á 1626; el duque Ernesto de Baviera († 1612), Príncipe elector de Colonia, y el celosísimo Urbano de Laibach, gran orador sagrado.

Fueron verdaderas columnas de la Iglesia el cardenal Oton de Truchsess, Obispo de Augsburgo de 1543 á 1573, que trabajó sin descanso en la reforma del clero de su diócesis, celebrando con este objeto varios Sinodos; el Príncipe Obispo de Würzburgo Julio Echter de Mespelbrunn (1573-1617), varón inteligente y esforzado, que fundó en 1582 la Universidad, luégo el Seminario, un gran Hospital y otros establecimientos benéficos y restableció la fe católica en gran número de pueblos; Teodoro de Fürstenberg, Obispo de Padernborn, Ernesto de Mengersdorf, Obispo de Bamberg, el cardenal M. Klesel, Obispo de Viena, Wolf Dieterico de Raittenau, Arzobispo de Salzburgo, restaurador del catolicismo en esta ciudad (1587-1617), Baltasar de Dernbach, Príncipe-abad de Fulda (1570-1576), destituido por sus opiniones políticas, y otros muchos.

Bajo el reinado de Rodolfo II florece en Bohemia y Moravia Estanislao Paulowsky, Obispo de Olmütz, que se distingue, no tan sólo como diplomático y embajador, si que también como incansable promovedor de la reforma eclesiástica. En Francia señalase por su celo pastoral el cardenal de Guisa, en Saboya San Francisco de Sales, en Portugal el Arzobispo de Praga Bartolomé de los Mártires, en Italia el ya citado San Carlos Borromeo, los Obispos Giberto (Núm. 277) y Lipomani de Verona, y Tomás Campeggio de Feltre, Juan Juvenal Ancina, religioso oratoriano y Obispo de Saluzzo († 1604), y Domingo Bollani, Obispo de Brescia, amigo del cardenal Borromeo. Celebrábanse con frecuencia Sinodos diocesanos ó provinciales, como el que reunió Belarmino el año 1603 en su archidiócesis de Capua, que sólo expidió 11 cánones breves, pero de gran importancia. Secundaron este movimiento las numerosas congregaciones de clérigos seculares fundadas en Italia principalmente, como la que estableció en Nápoles el año 1611 el jesuita Pavone, así como también los predicadores y catequistas que, por su número, su celo y su instrucción sólida, obtenían frutos más copiosos que ántes.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 406.

Ranke, Röm. Päpste I p. 499 sigs. 505 sigs. Sobre los prelados belgas: Gazet, Hist. ecl. des Pays-Bas p. 143. Havensius, De erect. novor. Episcop. in Belgio

p. 56. Hopper, Recueil et Mém. des troubles des Pays-Bas p. 93. 98. Sobre los Obispos alemanes: Ranke, II p. 47-58. 75 sig. 114-116. 119-123. 132-134. 443 sig. Brower, Ann. Trev. II L. XXII. 25. Marx, Gesch. des Erzstifts Trier, I p. 388 sigs. Tréveris 1858. Serrar., Res. Mogunt. 1604 p. 913 sig. Johannis, Res. Mogunt. I. 862 sig. Werner, Der Dom von Mainz II p. 413 sigs. Vallvoss, Ehre des Herzogthums Krain, pte. 2.^a Lib. 7 p. 433, acerca de Urbano de Laibach. Buchinger, Julio Echter de Mespelbr. Würzb. 1843. Kerschbaumer, Card. Klesel, Viena 1865. Sobre Estanislao de Olmütz: Struncy zivotpis Stanislava II Pavovského Sepsal M. Procházka y Brne 1861. Mayer, Des Olmützer B. Stanisl. Gesandtschaftsreise nach Polen 1587-1588. Wien 1861. Compendio della vita del ven. Gio. G. Ancina. Torino 1872. L. Fr. Fè, Il vescovo Dom. Bollani. Brescia 1875. G. Colombo, Notizie e documenti inediti sulla vita di M. Gio. Franc. Bonomi, vescovo di Verelli e Nunzio Pontificio in Svizzera et in Germania. Torino 1870. Conc. prov. Capuan. Bellarm. Mansi, Suppl. ad Conc. ed. Labbé, VI. 269.—Notizie storiche delle congregazioni ecclesiastiche istituite dal V. P. Franc. Pavone d. C. d. G. Napoli 1853.

El pueblo.

407. El pueblo católico, vencidas ya las terribles pruebas del periodo anterior, tuvo en la educación, en el apoyo de autoridades mejor constituidas y en el buen ejemplo de tantos varones eminentes, poderosos estímulos para dedicarse á ejercicios de piedad y á las obras de caridad cristiana; en los numerosos establecimientos de beneficencia y asilos fundados por la Iglesia encontraba refugio el menesteroso desvalido; al mismo tiempo ideáronse medios eficaces para reprimir los vicios y contener el desbordamiento de las malas pasiones, obteniéndose así la conversión y total enmienda de muchos pecadores. Por otra parte hace el clero nobles esfuerzos para extirpar la superstición y desterrar sus horribles abusos, como los inhumanos procesos de las brujas, en cuya laudable empresa trabajaron especialmente: el Dr. Andrés Schweigel en Rheinbach cerca de Bonn, el dominico Juan Freylink en Colonia, Hermann Löher, Stapirio, párroco de un lugar de Westfalia, Cornelio Loos en Maguncia († 1593), y más que todos los jesuitas Tanner y Federico de Spee, que tuvieron que luchar con innumerables dificultades y peligros.

Es verdad que las grandes y desoladoras guerras que estallan en este periodo amenazaban sumir á Europa en un estado de total salvajismo, mas por otra parte se hicieron nobles esfuerzos para mitigar los sufrimientos de las masas, y aún tenemos que registrar hechos heroicos en este sentido; sobre todo se manifiesta en todo su vigor la unidad de la fe y brilla la pureza de costumbres tan pronto como, restablecida la paz, se deja completa libertad de acción á la Iglesia, que con su influencia introdujo un cambio saludable en el mundo católico. Si al co-